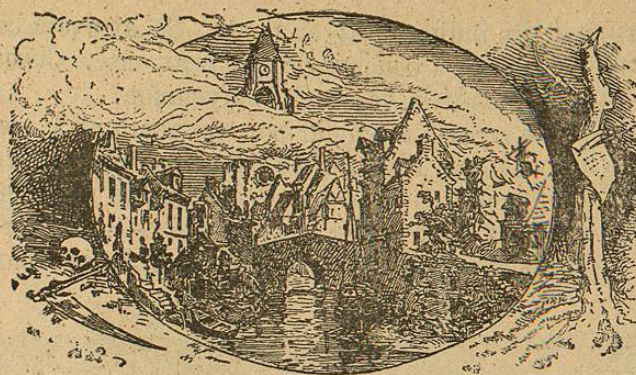


to en la lista de condenados á muerte. ¿Qué mano piadosa se acordó de él? ¿La de Herman ó la del comité?

Esta última suposición me parece más verosímil.

Osselin era un cadáver viviente. La acusación que se lanzó sobre él era calumniosa. Ningún complot había fraguado para evadirse de la cárcel. La desesperación llegó á abrúmarle, á aniquilarle. Presentóse al tribunal para ser interrogado el casi espirante cuerpo de Osselin. Se precipita la ejecución para guillotinarle con vida.

Ningún hombre de los que presenciaron este espectáculo dejó de maldecir, de jurar en lo hondo de su alma, el exterminio de quienes provocaban tanto dolor, tanta afrenta.



CAPITULO IV

Continuación.—La conspiración del Luxemburgo.—Los jacobinos comienzan á seguir dificultosamente á Robespierre (1.º de Julio, 12-28 Messidor)

Indignación de los *sans-culottes*.—Irrítase Robespierre contra esta indignación.—Terroristas filántropos.—Organízase la conspiración del Luxemburgo.—Abatimiento de los jacobinos.—Comienza en los Jacobinos el proceso de los representantes que desempeñaron misiones en el 93.—Obediencia de los jacobinos á pesar suyo.—Banquetes fraternales censurados por la Comuna.—Billaud-Varennes condena al tribunal revolucionario.

La muerte de Osselin marcó el límite de la paciencia pública. Los *sans-culottes*, que formaban la guardia del comité de Seguridad general, al pasar Fouquier Tinville aquel día como de ordinario á recibir órdenes tratáronle violentamente, elevando sus gritos de maldición contra el servil asesino.

Los mismos funcionarios encargados de la vigilancia de la sociedad encontraron una franca y enérgica repulsión en los *sans-culottes*.

Se había avanzado mucho para retroceder.

Los acontecimientos de aquellos días dieron á Robespierre el carácter de representante del Terror. Cuanto habían creído las sociedades acerca de los sentimientos secretos de indulgencia, de moderantismo en Robespierre, quedaba desmentido en absoluto.

El 1.º de Julio (13 Messidor) pronunció un discurso en los jacobinos, el cual le dió esta elevada y terrible posición.

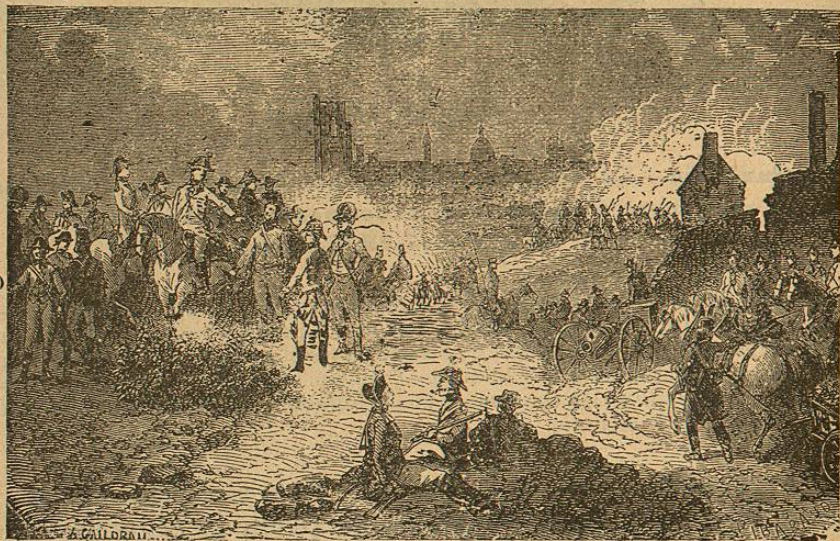
En este discurso se irritó contra la indignación de los *sans-culottes*, de la sensibilidad que se demostraba por los *que habían* conspirado contra la patria, sistema que tendía á sustraer á la aristocracia del poder de la justicia. ¿Qué aristócratas eran estos?

De los setenta y dos ejecutados en Bicetre, salvo Osselin, todos eran pobres miserables, condenados á diez años de cárcel primero y sentenciados á muerte después.

El grupo de los indulgentes aumenta. Se atreve á calumniar al tribunal revolucionario, á condenarlo públicamente. Circula el rumor de que se trata de ahogar la voz de la Convención.

Robespierre se atrevió á señalar por sus nombres á los que consideraba como difamadores. Dijo que se habían revestido primero de un carácter sagrado, queriendo decir que se trataba de representantes.

Todo indicaba en Robespierre el propósito de continuar una guerra á muerte, de recomenzar el gran proceso contra los representantes.



La batalla en el Sambre.

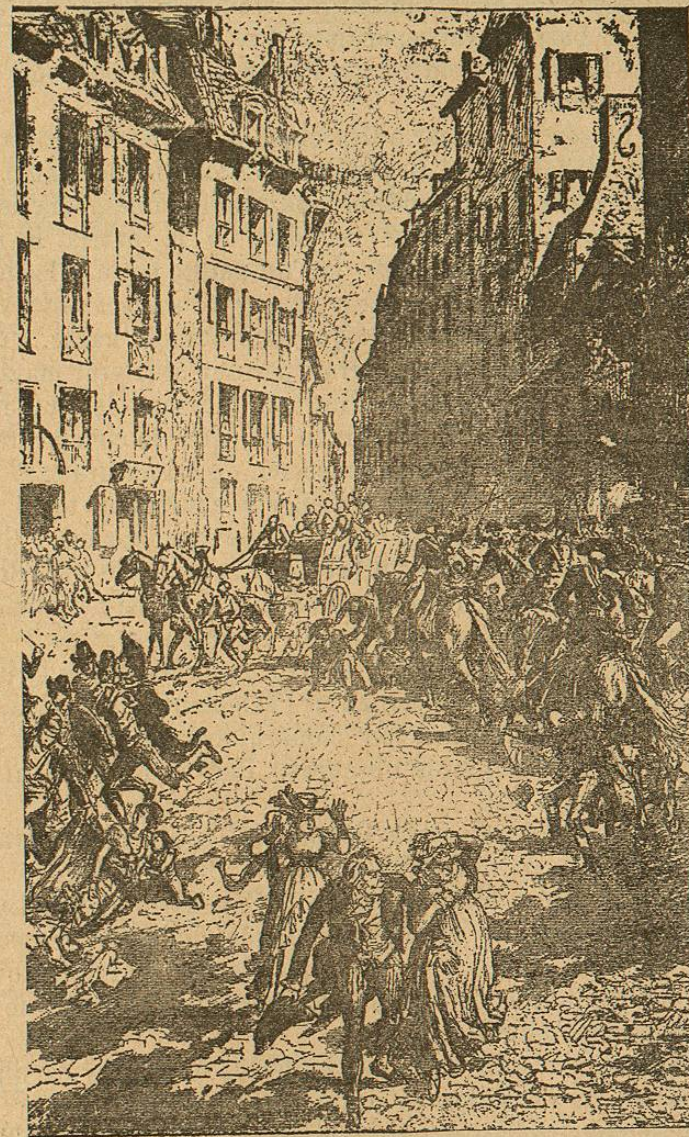
Esto se pidió á la Convención por medio de un escrito enviado desde Avignon. Repetíase el mismo párrafo del discurso de Robespierre pidiendo la muerte de cuantos seguían sosteniendo el mismo criterio político que Danton.

Constituía esta acusación, una mortal, una infame calumnia. Se decía en ella que los dantonistas se habían declarado partidarios de Jourdan. Lejos de esto, fué el mismo Merlin de Thionville quien pidió que fuera conducido á París para que se le condenara. Los robespierristas desearon apoderarse más aún del Terror.

Lo ocurrido en Bicetre, condenando á pobres diablos, no les daba popularidad.

El filántropo Herman fué acompañado de Lanne al Luxemburgo para hacer una batida de prisioneros. Eran filántropos del Terror. Ejercían el mal bajo la capa del bien público. Se amparaban en lo más terrible, creaban una bandera roja y negra, la de la sangre y las tinieblas para ejercer una filantropía que nadie lograba comprender,

pues por grandes que fueran las predicaciones humanitarias de Herman y otros ciudadanos, los hechos desmentían las palabras, presentando á la mayoría de los robespierristas como seres sin alma.



Henriot dispersa á la muchedumbre á sablazos.

Se quería preparar un eden, un paraíso, guillotinando á todo el mundo, á la Convención, á los comités, etc., etc. El abogado general de Arras, Herman, imponía á su corazón este sacrificio. Los magistra-

dos del antiguo régimen miraban la guillotina como un objeto indiferente.

Para escoger las trescientas cabezas que les hacía falta buscaron á quien les sirvió en el asunto del 2 de Abril, al administrador de policía Wiltcheritz, agregado al Luxemburgo. Wiltcheritz era un extranjero admitido en el partido robespierrista que á la caída de Hebert y Chaumette en la Comuna entró con Payan y Fleuriot como administrador de policía municipal.

Cuando fueron á buscarle Herman y Lanne encontraron en la cárcel á un vividor llamado Boyenval. Wiltcheritz lo llamó y envióle una lista de noventa y dos nombres, indicándole que podía desempeñar un servicio para inmortalizarse en bien de la patria. El número le pareció exorbitante, pero ayudado por un amigo suyo, Beausire, y un carcelero, Verney, llegó á encontrar hasta cincuenta *hombres útiles*.

Se supo en el Luxemburgo lo que se pretendía hacer. Un detenido llegó hasta la desesperación y se arrojó por una escalera, matándose. El conserje escribía diariamente á Herman indicándole que no existía alguna agitación, ni el menor indicio de que se conspirara. ¿Cómo pudo, pues, formarse una lista de acusación de tal naturaleza? Se acercó el tiempo y Boyenval, que debía sostener la acusación, tomó miedo.

Fouquier recibió esta enorme lista de condenados y llamó á un carpintero para que arreglase un tablado al objeto de poderlos recibir á todos á un mismo tiempo. Herman se enteró de esto y llamó y díjole que á los condenados se les debía dividir en tres secciones.

Entre los ciento cincuenta y cuatro individuos que figuraban en la lista estaban los que componían el Parlamento de Tolosa, cinco ó seis nombres de gran significación monárquica, una docena de nobles puros y los demás eran gentes oscuras. Pero ni los unos ni los otros eran gente de acción.

El héroe fué naturalmente Boyenval. Testimonió contra todos, y hasta casi llegó á convencer á los acusados. Cuando llegó á la cárcel escribió sobre la puerta de su cámara: «Comisario nacional.» Los prisioneros pasaban ante su puerta temblando de terror. Se portó como buen príncipe. Contentóse con la mujer de un individuo que por su acusación fué guillotinado. Paseaba frecuentemente cogido de su brazo por el Luxemburgo humillándola.

Hay que señalar, sin embargo, un hecho extraño y es, que durante estos días en los Jacobinos se sintió terrible abatimiento.

El partido antirrobespierrista tomaba muchos alientos. Tres enemigos de Robespierre fueron nombrados presidentes en poco tiempo.

Barere pronunció un discurso valiente, enérgico, inspirado. Se reconoció él mismo. Las *tres hornadas* eran un paso apropiado para juzgar á los representantes. Barere se asustó grandemente, pero no perdió por esto los sentidos.

Robespierre, sin embargo, aprovechó todos los momentos de

influencia en los jacobinos arrancándoles acuerdos que justificaran el derramamiento de sangre. Logró separar de la sociedad á Dubois-Grancé, á Fouché. El 22 Messidor repitió por décima vez: *Dubois-Grancé ha salvado á lioneses*.

Robespierre, el joven, censuró en los jacobinos la frialdad con que se acogían las palabras de su hermano.

Couthon llegó á tiempo para dar calor á la sesión. Hábilmente dijo: «No se qué hacer ante los acontecimientos. *Moderados hemos de ser para unos, exagerados para otros*. Yo pido para mi la parte más peligrosa en todo lo que sea defender á la Francia.» Esto lo dijo Couthon por Robespierre y un grito resonó en la sala. «Nosotros también queremos correr esos peligros.» Porque al cabo y al fin amaban á Robespierre aunque sintieran gran inquietud por los caminos en que los precipitaba.

La sociedad, hay que decirlo, estaba dominada por él. El la llevó á través de la Revolución, guiándola como si fuera su padre.

El día 14 de Julio propúsose que fuera borrado de la sociedad el presidente Fouché. Acusóle de inmoral y logró que Fouché fuera expulsado.

Obedecieron los jacobinos, pero por la noche nombraron presidente á un individuo aborrecido por Robespierre, á Elías Lacoste.

La Convención, animada por esta campaña antirrobespierrista, nombró presidente suyo á Collot-d'Herbois que entonces gozaba de gran popularidad.

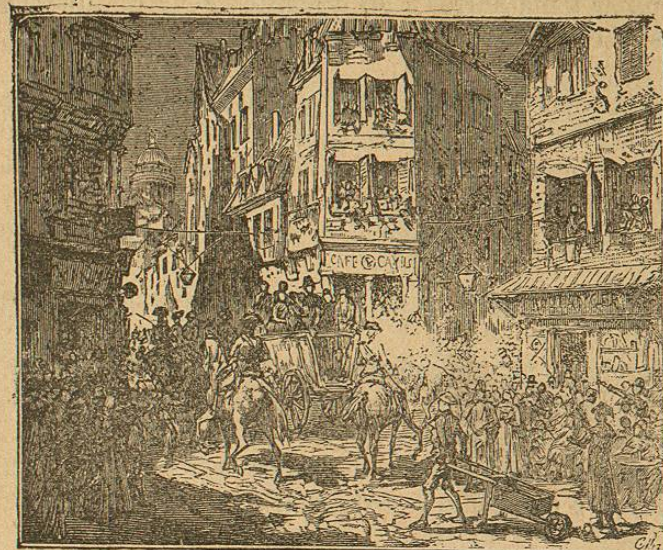
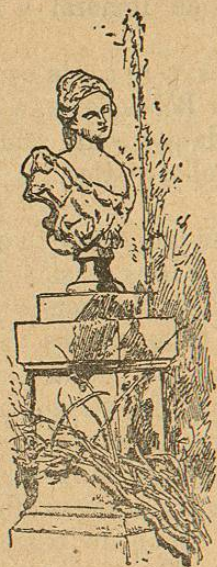
Robespierre hizo entonces una cosa que asombró á París.

El 14 de Julio, en favor de la expansión de la fiesta y de la belleza del momento, muchos individuos tuvieron la idea de colocar mesas en la vía pública para comer todos unidos, fraternizando. Había sido aquella idea de Danton. Juntáronse pobres y ricos y comieron celebrando el 14 de Julio. El espectáculo fué tierno, admirable. Todo París se unió. Pero solo duró un día. La situación en el fondo era distinta. Aquella aproximación era prematura. Aun debía emplearse la severidad, la justicia, difícil de ejercer entre aquellas efusiones fraternales.

Sin embargo, resultó de un efecto triste ver que al día siguiente la Comuna censuró la comida. Barere siguió esta línea de conducta porque sabía que con ello ofendía al partido robespierrista.

Estos se exasperaron hasta el extremo de pedir sangre, sangre, incesantemente. En el Luxemburgo nada quedaba ya; fué necesario buscar gentes en las cárceles de la Force, Carmes y Lázare. Las listas eran un extraño hacinamiento de seres que iban á la muerte sin saber por qué. Herman pasaba tan terribles documentos al comité de Salud pública para que los firmara y autorizara. Los más asiduos al comité eran los que vivían más lejos de estas sangrientas ideas. Ellos firmaban, compartiendo la responsabilidad de actos que no sentían. Se firmaba con los ojos cerrados.

¿Podía continuar semejante situación? No.
 Se quejó uno solo, quien no podía ser acusado de indulgente:
 Billaud-Varennes.
 Un testigo de esto es el mismo Saint-Just.



LIBRO XVIII

CAPITULO PRIMERO

Los cementerios del Terror. — Declaraciones del Arrabal de San Antonio. — Movimiento de los dos partidos. — Robespierre en el Comité. — (Continuación de Julio-Messidor-1-5. Thermidor-19-23 Julio 94).

Grandes calores y temores de una epidemia. — La Magdalena. — Monceaux. — Ejecución. — Sainte--Marguerite. — Picpur. — Descontento en el arrabal. — Se busca otro cementerio. — La cremación de cadáveres. — Espanto de los delatores. — Amenazadora actitud de los robepierristas. — Robespierre acusa a Carnot. — Intento de aproximación. — Las cabezas que pide Robespierre.

El frecuente uso de la guillotina llegó á crear una extraña situación del espíritu.

París estaba espantado; por todas partes oíanse palabras de disgusto, de inquietud. Se temió que estallara una epidemia. Los vivos creyerónse arrastrados por los muertos. Lo que no se osó decir en nombre de la humanidad, se dijo en nombre de la higiene. Tantos muertos, tanta sangre derramada por las calles, parecía que iba á desarrollar una enfermedad espantosa.

El arrabal de San Antonio, que desde hacía cincuenta años enterraba á sus muertos y los de los barrios vecinos en el cementerio de Santa Margarita, declaró que no podía admitir ningún muerto.